



HOMILÍA: Misa Roja

Hombres y mujeres de la ley como arquitectos de esperanza

Cardenal Robert McElroy, Arzobispo de Washington

Catedral de San Mateo Apóstol, Washington, DC

5 de octubre de 2025, 9:00 a.m.

Es una gran alegría y un privilegio personal celebrar esta Misa con ustedes al comenzar el nuevo período de nuestra Corte Suprema. Mi propio respeto y amor por la profesión legal surgió de observar a mi padre servir en la práctica privada durante casi cuarenta años con integridad, sabiduría y compasión. A través de sus ojos fui testigo de la belleza, las luchas, la gracia transformadora y los duros dilemas morales que vienen con una devoción de por vida a la ley que nunca pierde de vista a los hombres y mujeres que se ven afectados por ella.

Es con la oración por cada uno de ustedes que comienzo esta reflexión: oración para que Dios eleve constantemente sus ojos a la sabiduría, la compasión y el juicio; que puedas ser consolado cuando te sientas desgarrado o a la deriva, que en los momentos más profundos de logro y satisfacción puedas comprender que Dios está obrando en ti; y que la nobleza de tu vocación te sostendrá a través de toda adversidad.

El 9 de agosto de este año, celebré la misa en la catedral de Urakami en Nagasaki en el octogésimo aniversario del lanzamiento de la bomba atómica. La catedral, que era una de las iglesias católicas más grandes de Asia, se encontraba en el centro del área objetivo en esa ciudad católica y fue destruida casi por completo. La devastación humana fue horrible e inimaginable. Cada elemento del tejido social se desintegró en un tsunami de duelo, entumecimiento, desesperación e incapacidad para ver un camino a seguir para los que habían sobrevivido.

Sin embargo, en la víspera de Navidad, menos de cinco meses después, la comunidad católica de Nagasaki se reunió en medio de las ruinas de su catedral, celebró misa y se dedicó a reconstruir sus vidas y esa gran catedral como símbolo de esperanza invencible.

Esperanza. Es la convicción de que, en los momentos de mayor sufrimiento de nuestras vidas, Dios estará siempre a nuestro lado. Representa un impulso abrumador en lo más profundo del corazón humano que no oscurece el sufrimiento del presente o del pasado, sino que encuentra en ellos capítulos de gracia y, con valentía, un fundamento para un nuevo futuro.

Cada veinticinco años, la Iglesia Católica celebra un año jubilar para blasonar un elemento particular de la gracia de Dios dentro del corazón humano y en la sociedad en su conjunto. En este año de 2025, ese tema es la esperanza. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que la esperanza nos orienta hacia el orden de la justicia, la paz y la caridad, alejándonos del egoísmo. "Evita que la persona humana se desanime; lo sostiene en momentos de abandono; abre su corazón en espera de (gozo) eterno".

La esperanza no es la creencia de que todo siempre sale bien. Eso es mero optimismo. La verdadera esperanza cristiana está arraigada en el acompañamiento íntimo y afectuoso de nuestro Dios, caminando con nosotros. En la Agonía en el Huerto y el momento de Cristo de sentirse abandonado en la Cruz, vemos revelada la maravillosa dimensión de la Pasión y la Cruz que nos une a un Dios que ha conocido todas las formas de sufrimiento humano: físico, espiritual y emocional. Es en este vínculo donde encontramos el fundamento de la esperanza descrita en la primera lectura de hoy del profeta Isaías:

Los que encuentren esperanza en el Señor renovarán sus fuerzas; se elevarán como con las alas de las águilas. Correrán y no se cansarán, caminarán y no se desmayarán.

Así como esta Misa Roja nos invita a reflexionar sobre las realidades del sufrimiento y la esperanza en nuestras vidas personales, nos llama a reconocer el paisaje de adversidad y esperanza que enfrentamos en nuestra nación hoy. Y nos invita a hacerlo precisamente afirmando el mandato de que los hombres y mujeres de derecho son artífices de esperanza debido a su vocación.

La ley ocupa una posición fundacional única dentro de la sociedad estadounidense. Nuestro país está unido no principalmente por lazos de sangre o una historia común, sino por las aspiraciones de nuestros Fundadores que han sido vividas con gloria y con fracaso y revisión a lo largo de los últimos doscientos cincuenta años. Por lo tanto, nuestra identidad como estadounidenses y nuestra fuente de patriotismo es aspiracional, y en gran medida esas aspiraciones se reflejan en nuestra ley. Es por esta realidad que las mujeres y los hombres de derecho tienen un papel particular y fundamental para ser signos y creadores de esperanza en nuestra nación.

Tres preguntas en particular apuntan a cuestiones vitales en las que los hombres y mujeres de derecho pueden ser constructores de esperanza en este momento.

El primero es la crisis en la vida institucional de nuestra nación. Nuestra época ha sido testigo de un dramático colapso de la fe en instituciones de todo tipo. El examen benigno de la vida institucional que es vital para la salud de la sociedad se ha convertido en un instinto corrosivo para atacar a todas las instituciones importantes. Como consecuencia, está en juego la legitimidad de nuestra propia infraestructura institucional.

La doctrina social católica subraya que las instituciones gubernamentales, culturales, religiosas y económicas saludables son esenciales para el logro del bien común y el servicio para todos en el mundo en el que vivimos. Dos elementos son vitales para lograr tal salud hoy. El primero es el rechazo de la hipercrítica hacia la vida institucional que está socavando la capacidad fundamental de las instituciones en el Gobierno y la sociedad para servir al bien común. El segundo es la revitalización de las fuerzas compensatorias en nuestro Gobierno y sociedad que restringen las dañinas acumulaciones de poder y delimitan su alcance adecuado. Como hombres y mujeres de la ley, ustedes se encuentran en el centro de esta doble conversación dentro de nuestra nación. Al participar de manera constructiva, dialógica y caritativa en esta conversación, puede ayudar a identificar un camino a seguir para todos nosotros. Puedes traer esperanza.

Una segunda área en la que pueden contribuir como arquitectos de esperanza es en el colapso del diálogo político dentro de nuestra nación y el crecimiento de la violencia política. Hemos sido testigos del asesinato de Charlie Kirk y del asalto al Capitolio. Ambos marcan la progresión del diálogo civil al diálogo incivil, a la fuerza y al miedo. Es cierto que la violencia política ha sido parte de nuestra historia como nación, y que el diálogo político a menudo ha sido de confrontación.

Pero vivimos en un momento en el que la política es tribal, no dialógica, y en el que la etiqueta del partido se ha convertido en una abreviatura de la visión del mundo sobre los temas más volátiles de nuestra vida nacional. El resultado es explosivo, dentro de la política, la vida familiar y las amistades.

Como estudiantes de derecho, como líderes en la ley, ya sea como jueces o legisladores o defensores públicos o como abogados, por ese compromiso tienen el privilegio y la obligación de elevar el plano de nuestra discusión política y social. Ningún grupo de nuestra sociedad tiene mayor capacidad para remodelar nuestro discurso político. Ningún grupo tiene un llamado más profundo para traer esperanza.

Finalmente, el Evangelio de hoy nos señala una tercera área importante de reflexión donde ustedes, como mujeres y hombres de la ley, pueden traer una gran esperanza:

"El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, y a proclamar un año de gracia al Señor".

Las Escrituras señalan inquebrantablemente la necesidad de mantener a los pobres y a los impotentes al frente de nuestros pensamientos y acciones. Porque en todos los sistemas sociales y económicos están desproporcionadamente excluidos de los derechos y privilegios que son vitales para su bienestar. Esto incluye nuestro sistema legal. Ya sean los acusados de delitos o los que son víctimas de delitos, o los que han resultado heridos y buscan reparación civil, las desigualdades sistémicas en nuestro sistema legal claman por una reforma.

Cada uno de ustedes tiene la capacidad de ser un arquitecto de esperanza en este campo. Para ustedes que son estudiantes de derecho, comprométanse en sus vidas a hacer personalmente que el trabajo pro-bono sustantivo y afectuoso sea parte de su vida y carrera. Para ustedes, que son fiscales, a menudo con una carga abrumadora de casos, vean la humanidad profundamente tanto en aquellos a quienes están procesando como en aquellos que fueron víctimas. Para los legisladores, proporcionar los recursos y procesos necesarios para hacer que los derechos legales de los pobres y la clase media sean más que teóricos. Para los abogados defensores, mantenga la esperanza en sus propias vidas incluso cuando se enfrente a la injusticia o la indiferencia. Para nuestros jueces, forjadores de las leyes que afectan a tantos tan profundamente, dejen que la humanidad y la sed de justicia que los llevaron a la ley los sostengan y los guíen, para que la esperanza se refleje y cree en sus acciones. Y para ustedes que son maestros de la ley, eleven las mentes y los corazones de sus estudiantes siempre hacia los nobles y compasivos, en lugar de los fáciles o convenientes.

Como mujeres y hombres de la ley, participáis en la misión de la justicia de Dios que Jesús anuncia en el Evangelio de hoy. Que aceptéis el reto de ser verdaderos arquitectos de la esperanza, en esta tierra, en este momento, en gracia de Dios.



Arquidiócesis
Católica Romana *de* Washington